

CAPITULO IX

REGRESO DE IGNACIO A ESPAÑA

Desde los comienzos del nuevo estado, y desde los albores de la nueva idea en Ignacio, apuntamos el concepto de que pensaba un imposible, y rompía, en consecuencia de tal pensamiento, con todas las costumbres y todas las realidades del mundo. La vocación, que desde su horrorosa enfermedad sintiera, y la vida, que abrazara, llevábanle á tal individualismo en el sentir, en el pensar, y en el querer, que, por fuerza, mal de su grado, chocaba con leyes, autoridades, é instituciones, cual todos aquellos á quienes guía un propósito interior, con todo lo exterior inconsiderado, y una idea exclusiva, en todo aislada y aparte de la opinion comun y de la conciencia universal. Aun se comprenden y se necesitan estas grandes iniciativas individuales para explorar desconocidos horizontes en el espíritu, y traer nuevos mundos al seno de la sociedad. Tal es, y debe ser, el método de los filósofos que producen una nueva idea, de los reformadores que producen una nueva institucion, de los profetas que producen una nueva fe. A todos estos bástaes su vocación propia; y como exploradores extraordinarios é iniciadores inspirados, para su exploración y su iniciativa solo han de mirar y solo han de atender á su hondo y personal pensamiento. Pero el error de Ignacio consiste, desde los comienzos de su ministerio espiritual, en usar los medios de los profetas, los medios de los filósofos, los medios de los reformadores para una obra de conservación ó de reacción social, necesitada ciertamente de medios tales como los grandes organismos políticos y las palpables fuerzas coercitivas. Para defender una doctrina vieja y amparar una institucion histórica, vale

mas un Estado con todos sus resortes, que un pensador con todos sus discípulos. El Evangelio nuevo, la predicación al aire libre, el apostolado se quedan para las ideas progresivas y para las iniciaciones sociales; á la conservación y á la reacción les basta con sus doctrinas fijas, con sus viejos cleros, con la mole de sus instituciones históricas, con el estrecho espíritu de sus tradicionales iglesias.

La defensa de una sociedad, ya disuelta; y de una idea, ya extinta, guarda toda la clave de las desventuradas aventuras del caballeresco héroe don Quijote. Cuando en la mollera se le mete la idea fija de andar á su sabor por el mundo, en defensa de la inocencia y ofensa de la maldad, la hora de tales empresas ha pasado en el tiempo; y la sociedad, donde todas aquellas cosas parecían necesarias, se ha hundido en la historia. Las instituciones tienen, aunque parezcan opuestas, una correlación misteriosa. Si existe un Senado romano, asamblea de los nobles, corresponde á él un tribuno con el veto de la plebe. En la sociedad feudal, no bien concluidos todavía los Estados modernos, no bien trazadas las diferencias entre las instituciones políticas; con tribunales y jurisdicciones semejantes al caos; con su respectiva fortaleza en cada eminencia y sobre la fortaleza un señor y sobre el señor una soberanía; guerreras las costumbres, sueltas las fuerzas individuales, anárquico el estado social, necesitábase con necesidad verdadera, en tanto combate, la caballería generosa en pro de los oprimidos y en contra de los opresores, errando por doquier, para prestar auxilio á los débiles, á los enfermos, á los desventurados, con explosiones varias de ardiente y exaltada caridad. Pero poned á este mismo instituto, y á los hombres que le pertenecen ó que lo profesan, dentro de una sociedad regular, con Estado fijo, con justicia obedecida, con leyes uniformes, con ejércitos permanentes, con autoridades seguras, con prácticas de obediencia establecidas, donde solo el poder supremo tiene derecho á declarar la guerra, como que dispone de las armas y de la policía y de la hacienda, y decidme si aquel que se proponga ir por esa sociedad prosaica y útil arrogándose la facultad de distribuir el derecho, no ha de caer, por fuerza, en miles de contrariedades y desabrimientos, hiriendo á los mismos á quienes quiere proteger y salvar. En tal situación resultará ridículo y risible que quien puede hallarse bajo su techo y en su cama, entregado al cultivo de su

hacienda y al comercio con sus amigos, se lance á errar por el mundo, en desfacimiento de agravios ajenos; y que quien tiene á mano un notario y un cura para casarse, cuando quiera, con la robusta moza de la feliz aldea, gruesa como un tocino y colorada como un pavo, gracias á la fuerza que le da el ir á la era y el aechar trigo, la convierta en una encantada beldad, á la cual no puede acercarse, ni de rodillas, y le dé pensamientos y votos en delirios continuos, cuando en bueno y santo matrimonio podia darle muchos y muy sanos hijos. A semejante desventurado todo le saldrá mal. Los molinos de viento, que tomará él por los brazos de gigantesco Briareo, romperánle su lanza y machacaránle su cuerpo con las movidas y terribles aspas; los frailes de San Benito, que tomará él por endiablados encantadores, entregaránle al esfuerzo del vizcaino, que no le dejará hueso sano; y la señora del coche, á quien ha defendido de los encantamientos, se le reirá en las barbas, y los galeotes á quienes ha libertado de la servidumbre le apedrearán y golpearán hasta ponerlo en trance de muerte: que á tales desgracias se sujeta quien penetra en la sociedad real con extravagante y exagerado idealismo. Naturalmente análoga la situacion del héroe vascongado, á la situacion del héroe manchego. Para defender una doctrina tan vieja como la doctrina eclesiástica; para salvar una institucion tan histórica como la institucion del Pontificado, apela, en su exaltacion, á medios propios de los reformadores y de los profetas, al apostolado, á la propaganda, á la predicacion por calles y plazas, al establecimiento de una sociedad secreta y especial, á todo cuanto sirve para iniciar las revoluciones y para traer las reformas. Así, no es mucho que le sucedieran tantos adversos casos y que le amargaran tantas terribles desventuras. Vamos á verlo.

Despues de haber venido desnudo, enfermo, aporreado y sin blanca del viaje á Jerusalem, hallóse por las calles de Venecia, como hallarse pudiera un pez salido del agua. Por fortuna, y como acontece á todos los aventureros, la casualidad, enemiga unas veces, tornábase otras veces amiga, por voluntariedades y por caprichos. Uno de aquellos buenos hombres, que antes le recogieran, topó con él; y despues de sumos ruegos y numerosas importunidades, llevóselo consigo á su casa. No estaba Ignacio, como soler decimos vulgarmente, para fiestas. Los largos ayunos, los pertinaces mareos, los muchos

vómitos, el desarreglo en las comidas, la inopia misma de su alimentacion, seguida á lo mejor por los excesos indeliberados, á que obliga el hambre, habíanle perdido, gastando su estómago. Holgóse de reposar algunos dias bajo el amigo techo, por su fortuna traído y deparado; pero no pudo continuar en él, por la inquietud de sus propósitos y el desasosiego de sus pensamientos. Aguijoneábale con gran vehemencia el deseo de volver á España. La estancia entre los franciscanos de Jerusalem, siquier breve, le habia persuadido del deber en que estaba de consagrarse á la ciencia. Y la fama de Universidades, como Alcalá y Salamanca, le atraia mas que la fama de Padua, y otras no menos ilustres Universidades italianas, á cuyas puertas se hallaba. Movido, pues, por todas estas reflexiones, resolvió venirse á España. Notificóselo así á su bienhechor; y este le dió para el camino quince reales y un pedazo de paño, á fin de que se abrigase bajo sus dobleces el frio y enflaquecido estómago. Llegó de Venecia Ignacio á Ferrara, y estando en oracion al pié de los altares en una de sus iglesias, como entrara demacrado pobre, le dió parte de su mísero peculio. Y avisados de tan extraña largueza todos los demás pobres circunvecinos asaltaronle de tal suerte que les dió cuanto llevaba, lo donado por su huésped en Venecia y lo recogido por sus postulaciones en el camino. Contento, pues, consigo mismo, nuevamente mendigó el pan de cada dia, y nuevamente lo tuvo por la caridad y por la limosna.

Del centro de Italia pasó á la Liguria y al Milanésado. No estaban aquellas regiones para caminantes pacíficos. La guerra, y la guerra cruel entre Francisco I y Carlos V, ardía por todas partes. Ignacio, indefenso y solitario, encontrábase á cada paso entre dos fuegos. Por ley natural de tal estado peligrosísimo dió en grande, y no extraño tropiezo. Llegóse á una plaza fuerte, guardada por infantería española, la cual estaba muy sobre aviso, á causa de las continuas celadas del valeroso enemigo. Presentarse ante tal poblacion con su figura, con su traje, con sus maneras, con la singularidad de toda su persona, equivalia en el fondo á traerse un disgusto cierto. Los soldados, que estaban allí en acecho, le creyeron espía, y le guardaron y metieron en un cuerpo de guardias. Cuantas personas encontrara en su camino aconsejaronle que de él se desviase, á causa de los muchos azares y peligros, frecuentes en vías azotadas y subvertidas por la guerra. Y como amaba los peligros, en vez